

Las entidades cristianas centran su ayuda en las donaciones, la acogida y la sensibilización a refugiados y migrantes

La cruz de Lampedusa

JOSEP PLAYÀ MASET
Barcelona

En Barcelona, ayer tarde, coincidieron la manifestación en favor de los refugiados (véase páginas de Vivir) y un concierto en el Fòrum en solidaridad con las personas migrantes organizado por las escuelas de Jesuïtes Educació. Un día antes, el arzobispo de Barcelona, Juan José Omella, envió un mensaje en el que animaba a personas y entidades a “seguir fieles a esta tarea de ayuda, siguiendo las palabras de Jesús de que se nos juzgará por aquello que hacemos y no por aquello que decimos”.

Tanto la manifestación como el concierto son dos expresiones de una voluntad de compromiso que llegan en pleno debate sobre las competencias y la capacidad de acogida desde Catalunya. ¿Qué se puede hacer en favor de los refugiados y migrantes que huyen de la guerra, el terrorismo o el hambre? Son varias las instituciones y oenegés cristianas que llevan a cabo campañas y acciones en favor de estas personas que sufren en los campos de refugiados, que se juegan la vida en largos y peligrosos viajes o que descubren con horror las dificultades de inserción en estos paraísos soñados.

Cáritas Diocesana de Barcelona ya atendía a las necesidades de personas procedentes de países con algún tipo de conflicto o que pedían asilo o refugio (629 personas en el 2015 y 484 en los seis primeros meses del 2016), pero ante la magnitud del problema que se avecinaba creó un servicio específico en 2016. El año pasado se alojó y dio comida a 53 personas de 15 familias en pisos ofrecidos por parroquias, particulares o propiedad de la propia Cáritas. Son personas que provienen de Siria, Ucrania, Rusia, Afganistán, Palestina, Algeria y Mali. En ese



El papa Francisco recibió la cruz de Lampedusa (elaborada con restos de pateras) el 9 de abril del 2014

Llega a Catalunya el 5 de marzo

El 3 de marzo saldrá por primera vez de Italia la Cruz de Lampedusa, una cruz realizada con trozos de madera de las pateras que han llegado a la isla siciliana de Lampedusa. La cruz, que fue encargada por la Fundación Casa dello Spirito e delle Arti, de Milán, al carpintero de esta isla Franco Tuccio, mide 2,80 metros de alto por 1,50 metros de ancho y pesa unos 60 kilos. El 9 de abril del 2014 fue regalada al papa Francisco, quien tras bendecirla pidió que se llevara por todos los rincones para recordar el dolor de quienes sufren. Y así se ha hecho, ha

recorrido media Italia siempre a hombros de los romeros y ahora llega a España. Se prevé que el día 5 de marzo sea recibida por el arzobispo Omella –quien el año pasado recibió con obsequio de esa fundación una pequeña cruz con los mismos materiales– y después recorrerá las diócesis de Girona, Tarragona, Tortosa y probablemente alguna más. Estará en Catalunya hasta el 18 de mayo cuando partirá hacia Caravaca (Murcia). El Museo Británico de Londres adquirió una réplica de esta cruz como una forma de ayudar también a este proyecto.

mismo periodo se apoyó a la Comisión Catalana de Ayuda al refugiado con ayudas para alquiler de vivienda, alimentos, transporte y libros escolares (unos 10.000 euros para 14 familias). En el 2016 se recogieron 120.000 euros que se redistribuyeron entre el Servicio Jesuita a Refugiados (30.000 euros) para sus acciones de apoyo con refugiados de Grecia, Turquía, Irak, Jordania y Siria y las Cáritas locales de Siria (Homs), Líbano, Jordania y Grecia (otros 90.000 euros).

Juana Martín, responsable del Programa d’Ajuda als Refugiats de Cáritas de Barcelona, considera importante también los programas de sensibilización con charlas y cursos para explicar que pasa en los países de origen de estos migrantes y como se les puede ayudar. Reitera la necesidad de contar con el voluntariado,

pero más aún “lo que necesitamos son pisos”. Ahora mismo tienen seis familias en lista de espera y eso que los refugiados han llegado con cuentagotas. Juana Martín opina que “la acogida de refugiados debería canalizarse a través de las administraciones locales”. Y no sólo por una cuestión de eficiencia sino también “porque

“Vivir en un campo de refugiados significa tocar el fracaso del mundo”, dice el jesuita Pau Vidal

las grandes ciudades agobian”.

Los fondos recogidos en el concierto solidario organizado ayer por los jesuitas se destinarán al campo de refugiados de Maban, en Sudán del Sur; al Servicio Jesuita que trabaja en la frontera de Melilla-Nador, y a la *Xarxa d’Hospitalitat* que organiza la fundación Migra Studium para acoger a personas migrantes y refugiados. “Vivir en un campo de refugiados significa tocar el fracaso del mundo”, dice el jesuita Pau Vidal (que junto con Àlvar Sánchez trabaja en el campo de Maban). Quizás por eso, Maria del Carmen de la Fuente, directora de Migra Studium, asegura que no sólo es importante ayudar con donativos o implicarse como voluntario, sino también preguntarse por las causas y orígenes de estos conflictos.

En la misma línea, Mans Unides ha lanzado este lema para el 2017: “El mundo no necesita más comida, necesita más gente comprometida”. Y en su campaña recuerda que “un tercio de nuestros alimentos acaba en la basura, mientras 800 millones de personas pasan hambre”. ●

DESDE LA DIÓCESIS

Sebastià Taltavull Anglada



La Iglesia cuando se encarna paga un precio, como Jesús, el de la aceptación y el del rechazo. Lo sabemos, pero, como dice el papa Francisco, preferimos ser una Iglesia accidentada, herida y marcada por haber salido a la calle antes que una Iglesia enferma por su cerrazón y por la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. Salir a la calle será para estar con la gente, servirla y hacer camino juntos, para acoger al que llama a la puerta porque necesita alguien que lo mire con afecto, lo escuche, lo comprenda y lo ayude. Es el precio que paga con gozo una Iglesia que, como Jesús, quiere correr el riesgo de salir a la calle y hacer el bien a todo el mundo, sea quien sea. La calle es el lugar de los que han optado por el servicio desinte-

S. TALTAVULL ANGLADA, obispo auxiliar de Barcelona y administrador apostólico de Mallorca

resado, de los incontables voluntarios y voluntarias que, de forma gratuita, regalan vida y tiempo.

Salir a la calle significa presencia activa en los ámbitos seculares donde se cuece el pensamiento y la cultura, allí donde la gente vive, lucha y trabaja. Es dar a conocer y hacer participar de un tesoro, aunque los que lo traemos seamos débiles. ¿Por qué en ciertos ámbitos del mundo de la comunicación se pone más de relieve esta debilidad y no la belleza del tesoro? ¿Qué intencionalidad hay detrás? Por qué esta reacción reiterativa cuando el mensaje evangélico es enormemente humano y positivo, lleno de fuerza social y de preferencia por los más pobres, lleno de aquellos gestos que crean paz y pasión por la justicia y el perdón, que ponen a la persona humana en el centro de todo y la abren a la trascendencia. ¿Tan malo es todo eso?

El precio de salir a la calle

¿Por qué a toda aportación cristiana se la priva de libertad y se la relega al silencio, cuando no al rechazo, alegando que es impropia del momento actual? ¿Por qué no se dice lo mismo de ciertas prácticas de otras religiones? ¿Es el miedo el que impide decir una palabra? ¿Y qué decir cuando la ideología se hace opción política y se impone como pensamiento único? ¿Por qué unos pueden expresarse con libertad y a otros se les niega el derecho de hacerlo? La respuesta a menudo es un gran silencio.

¿Por qué a toda aportación cristiana se la priva de libertad y se la relega al silencio, cuando no al rechazo?

¿Es que quizás esconde la tentación de un totalitarismo que está siempre al acecho?

Queremos responder al reto de ser abiertos y vivir a pie de calle, respetuosos con todo el mundo, compartiendo alegrías y esperanzas, tristezas y angustias, trabajando la identidad religiosa, social y cultural de nuestro pueblo y manteniendo vivas sus raíces. Por otra parte, no podemos ceder a una economía de la exclusión que mata, no podemos colaborar con la globalización de la indiferencia ni favorecer desigualdades que generan violencia. Creemos humildemente que el sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males que sufrimos. Por eso, ofrecemos –Evangelio en mano– el estilo de vida que Jesús propone. No tenemos otro objetivo que el bien de cada persona y la sociedad de la que formamos parte y amamos.